y luego miró á Ostrog, firme y tranquilo á un paso de él. Luego volvió los ojos al pequeño grupo de consejeros blancos, y en seguida al trozo de cielo sobre su cabeza, donde centelleaban las familiares estrellas. El elemento maravilloso en su destino fué súbitamente vívido. ¿Era suya, verdaderamente, aquella pequeña vida de hacia doscientos años, y asimismo esta de ahora?

CAPITULO XIV

DESDE EL NIDO DEL CUERVO

Y así, después de extrañas dilaciones, y á través de una senda de duda y combate, aquel hombre del siglo XIX llegó por fin á ocupar su puesto á la cabeza de aquel complejo mundo.

Al principio, cuando salió del largo y profundo sopor que siguió á su liberación y á la entrega de poderes del Consejo, no supo dónde se encontraba. Mediante un esfuerzo, aclaró su mente, y á ésta acudió todo cuanto había ocurrido, primero con una especie de inseguridad, como de una historia oída, como de novela leída la víspera. Y, antes de que sus memorias fuesen claras, las peripecias de su fuga, la admiración de su estado acudieron á su mente. Era propietario de medio mundo; el Amo de la Tierra. Aquel nuevo gran siglo era suyo en el más completo sentido. No esperaba ya descubrir que todo aquello fuese un sueño; estaba ansioso por demostrarse que era un hecho real.

Un obsequioso ayuda de cámara le ayudó á vestir bajo la inmediata inspección de un majestuoso mayordomo mayor, un hombrecillo cuyo semblante delataba al japonés, por más que hablase el inglés con la mayor corrección. Más tarde, supo de él algo del estado de los negocios públicos. La revolución era ya un hecho aceptado; la ciudad comenzaba ya á reanudar su interrumpida

vida y movimiento. En el extranjero, la caída del Consejo había sido acogida, salvo raras excepciones, con el mayor júbilo. En ninguna parte era popular el Consejo, y las mil ciudades de América septentrional, celosas todavía, después de doscientos años, de Nueva York, Londres y el Este, se habían alzado, casi unánimente, dos días después de la noticia de la prisión de Graham. En las calles de París se luchaba todavía. El resto del mundo esperaba en suspenso.

Cuando estaba almorzando, el sonido de un timbre del teléfono, resonó en un rincón, y el mayordomo le indicó que Ostrog le saludaba y se informaba de su salud. Graham se levantó de la mesa para contestar. Al poco rato entró Lincoln, y Graham expresó inmediatamente un fuerte deseo de hablar del pueblo y de saber más de la nueva vida que se presentaba ante sus ojos. Lincoln le comunicó que dentro de tres horas una representación de oficiales y sus esposas vendrían á ofrecerle sus respetos en el salón del jefe de las Regiones Altas. El deseo de Graham de atravesar las calles, era, de todos modos, imposible, por causa de la enorme excitación del pueblo. Era posible, no obstante, contemplar la ciudad á vista de pájaro desde el Nido del Cuervo donde estaba el vigía de las Regiones Altas. Y habiendo Graham asentido, su mayordomo se encargó de conducirle. Lincoln, con un amable cumplimiento al mayordomo, se excusó por no poder acompañarles, pues apremiaban las tareas administrativas.

Mucho más elevado que el más gigantesco de los molinos de viento estaba aquel nido del cuervo, unos mil pies sobre el inmenso tejado; un pequeño espacio en forma de disco sobre una pilastra de armazón metálico, equilibrada por medio de cables. A dicha altura ascendió Graham en un pequeño asiento colgante. A mitad del trayecto se presentaba una ligera galería, sobre la que se cernía un bosque de tubos, girando lentamente por la parte exterior de la galería. Eran el sistema de espejos, en relación con los del vigía de las Regiones Altas, en uno de los cuales Graham había visto la lucha del Consejo, cuando fué en busca de Ostrog. Su agregado japonés

subió antes que él, y pasaron una hora en preguntas y respuestas.

Era un día enteramente lleno de promesas de la primavera. El soplo tibio de la brisa deleitaba. El firmamento aparecía de un azul intenso, y la vasta extensión de Londres brillaba bajo un sol manantial. El aire estaba libre de una bruma y humo, dulce como el del monte.

Salvo el irregular óvalo de ruinas de la Casa del Consejo, y el negro lienzo de la capitulación que flotaba sobre ella, la ciudad, vista desde allí, presentaba muy pocas señales de la rápida revolución que en una noche y un día había cambiado los destinos del mundo. Una gran muchedumbre discurría aún entre las ruinas, y el inmenso espacio abierto que se veía á distancia y del cual, en tiempo de paz, salían los aeroplanos que hacían el servicio entre las varias ciudades de Europa y América, estaba asimismo inundado por el pueblo victorioso. A través de un estrecho pasaje levantado con tablones sobre las ruinas, un grupo numeroso de obreros, restauraban precipitadamente los cables é hilos que ponían en comunicación la Casa del Consejo con el resto del mundo, y hacían otras reformas preparatorias del traslado de Ostrog á aquel palacio.

En el resto de la luminosa extensión permanecía tranquila. Tan grande era su serenidad comparada con los lugares de disturbio, que bien pronto Graham, mirando más allá de ellos, casi olvidó los miles de hombres fuera de vista, al resplandor artificial en el casi subterráneo laberinto, muertos ó moribundos de resultas de las heridas recibidas durante la noche; olvidó los improvisados hospitales con sus huestes de médicos, enfermeros y camilleros febrilmente atareados, y olvidó, en suma, todo el bullicio, la consternación y la novedad bajo las lámparas eléctricas. El sabía que en todos los lugares de aquel dédalo la revolución celebraba su triunfo, que el color negro dominaba aquel día, colgaduras negras, banderas negras, negras guirnaldas á lo largo de las calles. Y aquí, bajo la luz solar, lejos del campo de la lucha, como si nada hubiese ocurrido en el mundo, la selva de molinos de viento, giraba cumpliendo su incesante deber.

Más lejos, por entre los molinos, se veían las montañas de Surrey, azuladas y vaporosas; al norte, y más cercanos, los agudos contornos de Higligate y de la montaña de Muswell. Y sobre la campiña entera, en cada cima y altura, donde una vez las cercas se sucedían sin interrupción, y granjas, iglesias, posadas y quintas habían anidado entre los árboles, molinos de viento gigantescos, símbolos del nuevo siglo, proyectaban su movible sombra y almacenaban sin interrupción la energía que era transmitida incesantemente á través de las arterias de la ciudad. Y debajo discurrían los innumerables rebaños y manadas de British Iood-Trust, con sus solitarios guardas y pastores.

Ni un contorno familiar rompía la multitud de gigantescas formas. Sabía que San Pablo existía aún, y muchos de los antiguos edificios de Westminster, se adivinaban fuera de vista, abiertos entre las gigantescas construcciones de este gran siglo. El Támesis, no se deslizaba ya como una cinta de plata, suavizando la ingente monotonía de la uniforme población; las sedientas bocas de las enormes tuberías absorvían hasta su última gota antes de llegar á los muros. Su cauce, dragado y ensanchado, era una vía marítima, y una raza de ceñudos descargadores, conducía á lo largo de la vía los materiales pesados, desde la represa á los lugares de elaboración. Débil y confusa, hacia Oriente, se vislumbraba la represa, donde se albergaban colosales navíos. Pues todo el tráfico de cierta magnitud, y que no requería gran prisa, se hacía en tremendos buques que venían de todos los puntos del globo, y los artículos de más urgencia en barcos mecánicos de gran marcha.

Y al sur, sobre las montañas, se entreveían vastos acueductos de agua del mar para el alcantarillado, y en tres direcciones separadas, corrían pálidas líneas—los caminos, salpicados de movibles manchas grises.—Determinó visitar aquellos caminos á la primera ocasión. Iría en la máquina volante que tenía intención de ensayar bien pronto. Su acompañante le describió aquellos caminos como compuestos de dos suaves superficies curvadas de unas cien yardas de anchura, cada una de las cuales

iba en una dirección, y construídas con una substancia llamada Eadhmita, una substancia artificial, semejante á un vidrio flexible. A lo largo de estos caminos transitaban estrechos vehículos de adherentes patines, grandes y ligeras ruedas, vehículos de dos y cuatro ruedas, desarrollando velocidades de una á seis millas por minuto. Los ferrocarriles habían desaparecido; algunas líneas permanecían como ramales secundarios entre ciertos puntos; otras pocas aprovechaban la parte central de los caminos de Eadhmita.

Entre las primeras cosas que llamaron su atención, fué una de ellas las grandes flotas de globos que se extendían en irregular trayecto hacia el norte y hacia el sur siguiendo la ruta ordinaria de los aeroplanos. Pero los aeroplanos no se veían. Sus viajes habían sido interrumpidos, y sólo alguna, al parecer pequeña aeropila, se destacaba en el espacio azul sobre las montañas de Surrey, como una mancha imperceptible.

Graham sabía ya una cosa, y le costó trabajo imaginarla, y era que casi todas las poblaciones de la comarca, y los pueblos, habían desaparecido. Ya aquí, ya allí, algún gigantesco edificio semejante á un hotel se levantaba en medio de muchas hectáreas de terreno cultivado, y llevaban el nombre de alguna población, como Bournemouth, Wareham, ó Swanage. Sin embargo, el mayordomo le demostró cuán indispensable había sido aquel cambio. El antiguo régimen llenó la campiña de granjas, y á cada dos ó tres millas se levantaba la casa del propietario, y el lugar de la posada, de la tienda, y la iglesia: la aldea. A cada ocho millas ó así, se veía la capital del distrito donde vivían el abogado, los médicos, el comerciante de trigos, el carpintero, la modista, el albéitar y demás profesiones. Cada ocho millas, sencillamente porque estas ocho millas marcaban una jornada, ida y vuelta, bastante cómoda para el campesino. Bien pronto aparecieron los ferrocarriles, y luego los trenes rápidos, y todos esos veloces mecanismos que reemplazaron á los carruajes y caballos, y tan pronto como las carreteras comenzaron á construirse de madera, y de Eadhmita y demás materias elásticas de gran duración, la necesidad de tener más

cercanos esos centros de transacción desapareció. Y aumentaron las grandes capitales. Atrajeron á la clase trabajadora con una fuerza de gravitación, un trabajo aparentemente sin término, y al capital con la sugestión de un infinito océano de negocios.

Al ondear el estandarte de la comodidad, creció el complejo mecanismo de la vida, ésta se hizo cada vez más difícil en la campiña, más estrecha é imposible. La desaparición del vicario, la substitución del facultativo por el especialista de las capitales, arrebató á los pueblos su último destello de cultura. Después el teléfono, el cinematógrafo y el fonógrafo, han reemplazado al periódico, al libro, al maestro, á las cartas, y vivir apartado de las líneas eléctricas es vivir en un aislamiento salvaje. En la campiña no había medios de vestirse ó comer, de acuerdo con las refinadas concepciones de el tiempo, ni médicos famosos para un caso oportuno, ni Compañías, ni Empresas.

Por otra parte, la invención de aparatos aplicados á la agricultura, hacen que un maquinista produzca el equivalente de treinta peones. Así, invirtiendo las condiciones de Londres, en que no se podía casi vivir por su atmósfera impregnada de carbón, los campesinos vienen ahora de todos puntos con objeto de pasar la noche aquí, para regresar por la mañana al campo. La ciudad se ha engullido á la humanidad; el hombre ha entrado en una nueva fase de su desarrollo. Primero fué nómada, cazador, después labró la tierra y formó un estado agrícola cuyas cabezas de distrito eran los mercados y depósitos de la campiña. Y ahora, como lógica consecuencia de una época de invención, existía esta inmensa agrupación de hombres. Además de Londres, tan sólo existían otras cuatro ciudades en Inglaterra, Edimburgo, Portsmouth, Manchester y Shrewsbury.

Semejantes cosas, por más que fuesen sencillas derivaciones de un hecho para los hombres del nuevo siglo, apenas podía Graham representárselas. Y cuando quiso mirar más allá, sobre las extrañas cosas que existían en el continente, le fué del todo imposible.

Tuvo una visión de ciudad tras ciudad, ciudades en

grandes llanuras, ciudades al lado de grandes ríos, ciudades á lo largo de las costas, ciudades dominadas por montañas cubiertas de nieve. El inglés se hablaba en la mayor parte del mundo; y con el español de América, el indo, y el dialecto negro formaban el idioma universal. En el continente, excepto como curiosidad filológica, sólo dominaban tres idiomas: el alemán que llegaba á Antioquía y Génova y se mezclaba con el hispano-inglés en Cádiz, un ruso afrancesado que llegaba hasta el indo-inglés de Persia y el Kudistán, y una jerga inglesa en Pekín, y el francés aun claro y brillante, el idioma de la lucidez, que cruzaba el Mediterráneo con el indo-inglés y el alemán y llegaba al Congo á través de un dialecto africano.

Y por todas partes, á través de las ciudades monstruos de la tierra, salvo en los administrados «Círculos cerrados» de los trópicos, la misma cosmopolita organización social prevalecía, y en todas partes del Polo al Ecuador, se extendía su propiedad y sus responsabilidades. Todo el mundo estaba civilizado; el mundo entero se congregaba en inmensas ciudades; en todo el mundo dominaba su propiedad. En el imperio Británico y á través de América apenas si se disimulaba su soberanía; los Congresos y Parlamentos eran así como históricas antiguallas. Y aun así en los dos imperios de Rusia y Alemania, la influencia de sus riquezas pesaba grandemente en la balanza. Naturalmente se ofrecían problemas, posibilidades, pero, habiendo él despertado de su letargo, aun en Rusia y Alemania aparecían suficientemente remotas. Y de la calidad de la administración del recinto, ó de lo que pudiera significar para él, según su manera de ser de la primera vida, no decía nada. Que estuviese suspendido como una amenaza sobre la espaciosa visión desarrollada ante él, no entraba en el espíritu del siglo XIX. Pero su mente volvió acto seguido de aquella escena al pensamiento de un sueño desvanecido.

—¿Qué me cuenta usted del peligro amarillo?—preguntó, y Asano se apresuró á informarle.

El espectro chino se había desvanecido. Chinos y europeos estaban bajo un pie pacífico. El siglo XX había

descubierto, no sin repugnancia, que el término medio chino era tan civilizado, más moral, y mucho más inteligente que el término medio europeo, y había repetido, en una escala gigantesca la fraternización llevada á cabo por ingleses y escoceses en el siglo XVII. Como dijo Asano:

—Creen eso terminado. Descubrieron que éramos blancos, después de todo.

Graham volvió de nuevo los ojos á la perspectiva y sus pensamientos tomaron un nuevo derrotero.

Apartado del turbio sudoeste, centelleantes y extrañas, voluptuosas, y en cierto modo terribles, resplandecían aquellas Ciudades de Placer, de las cuales sabía algo por el cinematógrafo-fonógrafo y por lo que le había dicho el anciano parlanchín la noche de la lucha. Lugares extraordinarios, reminiscencia de la legendaria Syberis, ciudades de arte y belleza, belleza mercenaria y arte mercenario, estériles y maravillosas ciudades de movimiento y armonía que devoraban todo cuanto la feroz, poco gloriosa y económica lucha producía en los obscuros laberintos del Londres subterráneo.

Porque él comprendía que era feroz. Cuan feroz podía juzgarlo por el hecho de que aquel pueblo encontrado á su despertar se refería á la Inglaterra del siglo XIX como una figura del bienestar y la comodidad. Sus ojos recorrieron de nuevo el panorama que se extendía á sus pies, tratando de distinguir las inmensas fábricas que sobresalían en aquella intrincada aglomeración.

Sabía que hacia el norte se encontraban las alfarerías, los fabricantes, no solamente de vidrio y porcelana, sino de las pastas y composiciones similares que los mineralogistas y químicos habían inventado; con esto se fabricaban estatuítas, ornamentos murales y otros artículos de intrincada elaboración; en aquel distrito, asimismo, estaban situadas las fábricas, donde en febril competencia, componían sus discursos fonográficos los autores y literatos, así como los anuncios, y planeaban las escenas y desenvolvimientos para sus sensacionales y nuevas obras cinematográficas. De allí también, irradiaban los mensajes para el mundo entero, las patrañas

inventadas por los ingeniosos desocupados, los componedores del material para las máquinas telefónicas que habían reemplazado á los diarios del tiempo antiguo.

Hacia poniente, más allá de la derrumbada Casa del Consejo, se destacaban las vastas construcciones donde tenían su residencia las oficinas de la administración municipal y de Gobierno; y á Oriente, hacia el puerto, los barrios comerciales, los inmensos mercados públicos, los teatros, las casas de tolerancia, los bailes públicos y los frontones, los circos de animales feroces y los innumerables templos de cristianos y casi cristianos, de mahometanos, de budistas, de gnósticos, de adoradores de esto, de lo otro y de lo de más allá, y así por el estilo; y al Sur, de nuevo, una vasta manufactura de tejidos, de conservas, vinos y condimentos. Y de un lugar á otro pululaba la multitud á través de las vías movibles. Una gigante colmena de la cual eran los vientos incansables servidores y los incesantes motores aéreos un coronamiento apropiado y simbólico.

Graham pensó en la población, sin precedentes, absorbida por aquella esponja de patios y galerías, los treinta y tres millones de vidas que cada una estaba representando, en el breve é ineficaz drama de su vida, debajo de aquel suelo, en la placidez y la brillantez del día, y en el espacio y esplendor de la prespectiva, y por encima de todo, en el sentimiento de su propia importancia que se veía desmembrado y perdido.

Contemplándolo todo desde aquella altura, llegó por fin á concebir la posibilidad de aquella abrumadora multitud de treinta y tres millones, lo tremendo de la responsabilidad que iba á asumir, la inmensidad de aquel humano Maelstrom sobre el cual se cernía su frágil humanidad.

Intentó figurarse la existencia individual. Le asombró el darse cuenta de cuán poco había cambiado el hombre común á pesar del visible cambio de sus condiciones. La vida y la propiedad, realmente, estaban seguros de toda violencia en casi la totalidad del mundo; las enfermedades endémicas y aun las epidemias habían desaparecido, todo el mundo tenía alimentación suficiente y ropa bastante, las calles de la ciudad estaban caldeadas y libres

de lluvias y nevadas; así pues, el progreso mecánico de la organización científica y física de la sociedad quedaba cumplido. Pero la plebe, empezaba ya á percatarse, era la plebe aun, desamparada en manos de demagogos y organizadores, individualmente cobarde, individualmente movida por su apetito, colectivamente incalculable. La memoria de innumerables figuras vestidas de tela azul se presentó en su mente. Millones de seres semejantes, allá, debajo de él—lo sabía—jamás habían movido un pie fuera de la ciudad, jamás habían visto más allá de la ininteligente y gruñona participación en los negocios del mundo, ó de la ininteligible participación de sus abyectos placeres. Pensó en las esperanzas de sus contemporáneos, y por un momento el sueño de Londres, según las graciosas «Noticias de Ninguna Parte» de Morris, y el perfecto país del hermoso «Siglo de Cristal» de Hudson, aparecieron á sus ojos en una atmósfera de infinita utopía... Pensó en sus propias esperanzas.

Pues en los últimos días de aquella apasionada vida que yacía ahora tan lejana de él, la concepción de una humanidad libre é igual había llegado á ser una cosa real para él. El había esperado, como verdaderamente había esperado su siglo, dándolo osadamente por hecho, que el sacrificio de los muchos por los pocos cesaría un día, y que un día, todo hijo nacido de madre, tendría una justa y asegurada probabilidad de felicidad. Y ahora, después de doscientos años, la misma esperanza, aun no realizada, clamaba apasionadamente por los ámbitos de la ciudad. Después de doscientos años, él lo veía, subsistían la pobreza y el desamparado trabajo y todos los dolores de su tiempo.

Conocía algo ya de la historia de los tiempos intermedios. Había oído hablar del moral decaimiento que había seguido al colapso de la religión sobrenatural en la mente de hombres innobles, la declinación del honor público, el ascendiente de las riquezas. Pues hombres que habían perdido su fe en Dios, aun la conservaban en la propiedad, y el dinero gobernaba un mundo vanal.

Su mayordomo japonés, Asano, al exponerle la historia política de los dos siglos intermedios, le presentó

el apropiado símil de una semilla devorada por insectos parásitos. Al principio es la semilla sana, madurando con bastante vigor. Y después llega un insectillo cualquiera y deposita un huevo debajo de la cáscara, y bien pronto la semilla es una forma vacía que tiene en su interior un activo gorgojo que se mantiene de su carne. Y después acude un segundo parásito, un ichneumon, y deposita un huevo sobre el gorgojo, y este, también llega á convertirse en una forma vacía, y el nuevo viviente ser reside debajo de la cáscara de su predecesor, que á su vez está dentro de la cáscara de la semilla. Y esta semilla conserva aún su forma, muchos la creen tal semilla, y para todos puede ser una semilla llena de vigor y germen.

—Vuestro reinado victoriano—dijo Asano,—era parecido á esto... un reinado con el interior carcomido. Los terratenientes... los barones y señores rurales... empezaron hace muchos años con el rey Juan; hubo alternativas, pero alcanzaron el reinado de Carlos, y de hecho terminaron con el rey Jorge, la menor expresión posible de rey... el poder real en manos de su Parlamento. Pero el Parlamento... el órgano de los terratenientes y reguladores de la agricultura... no conservó su poder mucho tiempo. El cambio había comenzado á iniciarse ya en el siglo XIX. Las franquicias se habían extendido hasta que llegaron á incluir masas de hombres ignorantes, que acudieron á millones á votar juntos. Y la natural consecuencia de una aglomeración de analfabetos es el gobierno de los organizadores. El poder pasaba, aun en los tiempos victorianos á la parte mecánica, secreta, compleja, y corrompida. Bien pronto pasó á manos de los grandes industriales, los que monopolizaban la maquinaria. Llegó un día en que el verdadero poder é interés del Estado quedó visiblemente dividido entre los dos partidos del Consejo, gobernando por medio de periódicos y organismos electorales... dos pequeños grupos de hombres ricos y capaces, que obraban al principio separados y luego de común acuerdo.

Hubo una especie de reacción ineficaz. Según Asano, había innumerables libros que probaban esto—la publicación de alguno de ellos alcanzaba á la época en que

Graham quedó dormido—toda una literatura reaccionaria. El partido de la reacción, al parecer, debió encerrarse en su despacho y rebelarse con inflexible determinación en cuartillas. La urgente necesidad de arrebatar ó privar de poder al partido de los consejos es una idea común á través del mundo en los albores del siglo XX, sobre todo en América é Inglaterra. En muchas de estas cosas América se adelantaba á Inglaterra, aun cuando ambos caminaban al mismo paso.

La contrarrevolución no llegó nunca. No era posible organizarla y mantenerla pura. No quedaba gran cosa del antiguo sentimentalismo, de la antigua fe en la rectitud. Toda organización que se hizo lo suficiente fuerte para influir en la formación del Censo Electoral, llegó á ser lo bastante compleja para convertirse en indeterminada, disgregarse ó venderse á otras organizaciones más poderosas. Los partidos socialista y popular, reaccionario y puritano, llegaron por fin á ser meros valores cotizables, que vendían sus principios al mejor postor. Y el gran empeño del rico era, naturalmente, conservar intacta la propiedad, y el terreno limpio para el juego del comercio. Así como en los tiempos feudales el empeño había sido tener el terreno franco para la caza y la guerra. El mundo entero era explotado, un campo de batalla de negocios; y convulsiones financieras, y la concurrencia y la guerra de tarifas produjeron más humana miseria durante el siglo XX, que hayan podido producir las guerras, pestes y hambres en los tiempos más obscuros del crepúsculo de la historia.

Graham conoció entonces con bastante claridad la parte que había tenido en el desenvolvimiento de aquel tiempo. A través de las sucesivas fases del desarrollo de esta mecánica civilización, ayudando y bien pronto dirigiendo este desarrollo, había crecido un nuevo poder, el Consejo, la Junta de fideicomisarías. Al principio no fué más que la mera casual unión de los millones de Isbister y Warming, una propiedad aglomerada, el capricho de los testadores sin hijos, pero el talento colectivo de sus primeros administradores lo llevó rápidamente á una gran influencia, hasta que por compras, préstamos

y participaciones, bajo mil aspectos y pseudónimos se había ramificado á través de la fabricación de los Estados de América é Inglaterra.

Reuniendo una enorme influencia y un vasto protectorado, el Consejo tomó bien pronto un aspecto político; y estas ventajas políticas, en acaparar todo medio de aumentar sus capitales. Por último, la organización de los partidos de ambos hemisferios dependió de su poder; llegó á ser un Consejo interior de política internacional. Su última lucha fué contra la tácita alianza de las grandes familias judías. Pero estas familias sólo estaban ligadas por débiles lazos, y en cualquier momento la herencia podía llevar una gran parte de sus recursos á un menor, una mujer ó un degenerado; casamientos y legados podían desmembrar centenares de miles de un solo golpe. El Consejo no podía temer semejantes peligros. Progresaba rápida y seguramente.

El primer Consejo no fué sencillamente una reunión de doce hombres de excepcional habilidad; se fundieron, fué un Consejo genial. Luchó osadamente por dinero y por influencia política, y ambas cosas se ayudaban recíprocamente. Con admirable previsión gastó grandes sumas en el arte de la aerostación, teniendo esta invención reservada para una hora prevista. Apeló á las patentes legales para inutilizar á todos los inventores que se negaban á trabajar para él exclusivamente. En los primeros tiempos no despreció nunca á ningún hombre de aptitud. Le daba su recompensa. Su policía en aquel tiempo era vigorosa, intachable, y contra él, conforme progresaba segura é incesantemente, se oponía tan sólo el caótico egoísta gobierno de los que aun quedaban ricos. En un centenar de años, Graham había llegado á ser casi el exclusivo propietario de Africa, de Sudamérica, de Francia, de Londres, de Inglaterra y todas sus dependencias para todo propósito práctico, esto es, un poder en Norte América, después del dominante poder en América. El Consejo compró y organizó la China, disciplinó el Asia, debilitó los imperios del viejo mundo, los minó financieramente, los combatió y derrotó.

Y esta continua usurpación del mundo se llevaba á

cabo con sin igual destreza—un proteo;—centenares de Bancas, Compañías, Sindicatos, ocultaban las operaciones del Consejo, y éste estaba ya demasiado adelantado antes de que el mundo sospechase la tiranía que iba á dominarle. El Consejo nunca vaciló, nunca titubeó. Medios de comunicación, campos, edificios, Gobiernos, Municipios, las Compañías territoriales de los trópicos, toda Empresa humana caía bajo su acción. Y disciplinaba y ordenaba sus hombres, su policía de ferrocarriles, su policía de caminos, sus porteros, sus operarios y sus huestes de trabajadores del campo. No combatía sus gremios, pero los minaba, los desavenía y los corrompía. El mundo fué suyo por último. Y finalmente su golpe culminante fué la introducción de la navegación aérea.

Cuando el Consejo, en conflicto con los operarios, en algunos de sus colosales monopolios, hacía algo indiscutiblemente ilegal y hasta sin la ordinaria cortesía del soborno, la antigua legislación, alarmada por sus complacencias, miraba en torno suyo buscando alguna arma. Pero ya no había ejércitos ni escuadras; había llegado el siglo de la Paz. Los únicos buques posibles de guerra eran los grandes buques á vapor de la Compañía de Navegación del Consejo. Las fuerzas que tenía á sus órdenes; la policía de ferrocarriles, la de navegación, la de sus estados. Sus empleados estaban en relación con las descuidadas fuerzas de los países como diez á uno. Y además disponían de máquinas volantes. Aun había personas que recordaban el último gran debate en la Cámara de los Comunes de Londres—el partido legal, el que iba contra el Consejo estaba en minoría, pero luchó desesperadamente—y cuando los miembros se agruparon en la terraza, vieron con asombro aquellas formas aladas que se cernían sobre sus cabezas. El último pretexto de una democracia que había permitido una ilimitada é irresponsable propiedad tocaba á su fin.

A los ciento cincuenta años del letargo de Graham, su Consejo se quitó la máscara y gobernó abiertamente, en su nombre. Las elecciones se habían convertido en una placentera formalidad, una fiesta setenial, una antigua é inofensiva costumbre; un Parlamento social tan

infructuoso como el de la Iglesia establecida en los tiempos victorianos, se reunía ahora y después; y un heredero legítimo de la corona de Inglaterra, desheredado, borracho y sin ingenio, representaba en un *music-hall* de segunda categoría. Así el magnífico sueño del siglo XIX, el noble proyecto de universal libertad individual y universal felicidad, alcanzado por una dolencia de honor, minada por una superstición de absoluta propiedad, minado por el feudo religioso que había privado á la masa común de educación, robado á los hombres modelos de conducta y llevado las sanciones de moralidad al más profundo desprecio, había quedado reducido al terreno de inventos é innobles empresas, llegando por último á la suprema plutocracia. Su Consejo á lo último había hasta cesado de molestarse en hacer que refrendasen sus decretos las autoridades constitucionales, y él, una inmóvil, postrada y amarillenta figura, había llegado á ser, ni muerto ni vivo, el amo de la tierra. ¡Y al despertar se había encontrado con aquella herencia! ¡Despertar para verse bajo el firmamento vacío y sin nubes y contemplar la grandeza de su dominio!

¿A qué fin había despertado? ¿Era esta ciudad, esta colmena de desamparados obreros, la final representación de sus antiguas esperanzas? ¿O el fuego de la libertad, el fuego que había ardido y menguado en los años de su pasada vida, se conservaba aún debajo de las cenizas? Pensó en el movimiento é impulso del canto de la revolución. ¿Era aquél canto el mero juego de un demagogo, que sería olvidado en cuanto hubiese servido? ¿Era la esperanza que se removía dentro de su ser tan sólo la memoria de abandonadas cosas, el vestigio de un credo marchitado? ¿O tenía más ámplia significación, una importante intervención con los destinos del hombre? ¿A qué fin había despertado, qué estaba llamado á hacer? La humanidad se desarrollaba debajo de sus ojos como un mapa. Pensó en los millones y millones de humanidad siguiéndose los unos á los otros incesantemente, aun más allá de la oscuridad de la muerte. ¿A qué fin? Algún objeto habría, pero no estaba al alcance de su poder de pensamiento. Vió por la primera vez claramente su propia infinita pequeñez, vió claramente y terrible el trágico contraste de la humana fuerza y el anhelo del corazón humano. Y súbitamente su pequeñez le fué intolerable, su aspiración le fué intolerable, y le asaltó un irresistible deseo de orar. Y oró. Oró vagas, incoherentes y contradictorias cosas; su alma arrastrada á través del tiempo y el espacio y toda la multitud de confusas visiones, hacía algo—apenas sabía el qué—hacía algo que podía comprender su esfuerzo y resistencia.

Un hombre y una mujer estaban debajo, á gran distancia sobre un tejado, hacia el sur, disfrutando del aire fresco de la mañana. El hombre tenía en la mano un anteojo con el cual miró unos momentos la Casa del Consejo, y luego lo pasó á la mujer. Bien pronto quedó satisfecha la curiosidad de ambos pues nada de particular ocurrió allí, y, luego de contemplar en todas direcciones, la mujer dirigió el anteojo hacia el Nido del Cuervo. Y allí dos pequeñas figuras negras, tan pequeñas que apenas podía creerse que fuesen hombres, uno inmóvil, y el otro que gesticulaba con la mano extendida hacia el silencioso firmamento.

Entregó el anteojo al hombre. Este miró un momento y dijo:

—Creo que es el Amo. Sí. Estoy seguro. Es el Amo.

Bajó el anteojo y miró á su compañera.

—Agita las manos como si orase. ¿Qué hará? ¿Adorando el sol? ¿No había parsis en este país en su tiempo?

Volvió á mirar.

—Se ha detenido. Quizás fuese una actitud casual

Dejó el anteojo y se quedó pensativo.

—No tiene nada más que hacer que divertirse... nada más que divertirse. Ostrog procurará que no le falte distracción. Y lo hará para tener sujetos á esos diablos de obreros. ¡Los obreros y su canción! ¡Y todo por haberse dormido, Dios santo... por haberse dormido! ¡Este es un mundo admirable!